

# DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr Juan Iñiguez Vintimilla, Rector accidental de la Universidad, en la Asamblea solemne al inaugurar los cursos, el 15 de Noviembre del presente año.

Señoras, señoritas, caballeros:

En este ambiente caldeado por la lucha de encontradas pasiones del momento que vivimos; entre este rumor de mar agitado, que no deja campo a la meditación, ni resonancia a la palabra; en este rebullir de ideas y sentimientos contrapuestos, llevados a la agudeza del vértigo, por la tirantez del problema económico, cuya solución ven los unos en la ruina de las instituciones, mientras los otros agotan esfuerzos para sostenerlas; en medio de esta baraunda de cosas eterogéneas, cuyas causas no se averiguan o, si se averiguan, no se ahondan, el recuerdo de los heroísmos de quienes nos legaron esta patria y esta libertad, que tiemblan, ha sido como una fresca y perfumada brisa que pasara sobre un campo de batalla, devolviéndonos a la conciencia de la verdad, y reconfortándonos para las pacíficas labores del bien.

Autorizado por la santidad de las canas,—vislumbres de un sol mejor—que, si no siempre son sabiduría, nunca dejan de ser serenidad, en esta fecha solemne de clausura de los festivales patrios y de inauguración de los cursos escolares del nuevo año,—nudo simbólico del pasado con el porvenir—quiero hablaros, en una especie de intimidad solariega, de la finalidad de la vida humana en el tiempo, dentro del Universo, al

calor de la personalidad infinita, cuya conciencia sentimos palpitar en toda la creación.

Yo anhelaría que los hombres dejen ese empeño de aislarse en el Universo, afanosos por romper los suaves y cálidos lazos que nos ligan a los demás seres en la actividad cósmica de la naturaleza, perpetuamente viva y perpetuamente renovada. Es una especie de locura dolorosa esa de creernos desligados del pasado por la muerte, al mismo tiempo que halagamos sueños de permanencia que nos absorben para el porvenir. La pompa de jabón, con todo el jardinear de sus colores, tan lejos está de la que le precedió en el vuelo, como lo estará de la que le siga: la sucesión en el tiempo, por inmediata que sea, no determina enlace, porque la vida sólo se vincula con la vida. Y el hombre, microcosmo del Universo,—lo que le ha valido para que la sabiduría moderna, empeñada en empequeñecerlo, le empariente con todas las especies inferiores, sin exceptuar el renacuajo—no es una vana pompa de jabón, sino el más alto exponente de un poder y una sabiduría sin ejemplo en producirlo, y de una providencia y una bondad imponderables en conservarlo.

Es notoria contradicción ésta de inmortalizar las fechas magnas, habiendo perecido quienes las consagraron grandes; debiendo perecer los que las admiramos, y llegar al mismo término los que nos sigan. Me parece que todo esto sería incensar el vacío, si por sobre todas las teorías de la vacuidad, no estuviese flotando en el ambiente, a manera de un fluido dinámico, la conciencia de la inmortalidad de quienes nos precedieron y la nuestra propia, que nos unirá a los que sobrevengan, en perpetua y real comunión de espíritus, mancomunados por el amor para una imperdurable gloria.

Y esta comunión es efectiva en el tiempo, sin distinción de razas ni de lenguas, de épocas ni de civilizaciones, al través de los hondos mares y por sobre las inaccesibles montañas. No la perturba la inestabilidad de los fenómenos, por profundos que parezcan, ni la menoscaban las modalidades de la relatividad, que, por lo mismo que son accidentales, exigen la sustantividad de algo permanente para revelarse al exterior.

La noción de la inmortalidad es universal. La expansión de la virtud es como la del éter, que llena todos los vacíos y recupleta todos los abismos. Aun cuando la actuación física del personaje se halle circunscrita a una localidad, la obra moral trasciende a todo el orbe, tanto más eficiente, cuanto más grande el ideal de verdad que encierra. Sin esta comunión espiritual, en la que concuerdan todos los credos, la historia se habría confundido con la Paleontología. Pero no es así: en el inmenso escenario del presente, aparecen actuando en realidad de espíritu los hombres del pasado; de manera que nuestra vida no es sino la sucesión de personajes en la representación de un mismo drama, cuyo libreto es la historia.

La inmortalidad no es una impostura. Su voz se eleva clara, inteligible, imponente, de todos los ámbitos de la creación. Las pasiones, pájaros negros de huracán y polvo, que tienen el poder del torvellino para oscurecer la luz y ahogar las armonías, no permiten que llegue con toda su vivacidad a nuestro interior; pero ella se desborda, luminosa y sonora, de la sucesión no interrumpida de las estaciones; del agostarse y reverdecer de la tierra; del flujo y reflujo de los mares; de la potencia generatriz de soles de la vialactea; del equilibrio de los sistemas planetarios en la perenne adición de nuevos mundos; de la fragua incansable del pensamiento, que pesa, mide, analiza, inquiere leyes y forja teorías que iluminan más que el sol. A lo profundo del espíritu de los más descarriados, ha llegado en algún momento esa voz, haciéndoles detenerse en el camino de su ruina, cuando no se han convertido en los portestandartes del ideal.

La muerte no es el fin de ninguno de los seres de la naturaleza. La flor se marchita para reflorcer y multiplicarse en la abundancia de sus semillas. ¿Podrá perecer el espíritu humano, este creador de la perpetuidad en sus obras, este sublime artífice de su propia gloria? Como el caracol la concha, arrastra en su carrera vital la cáscara de polvo que le oprime, y la tumba es la puerta de su aurora.

En las estrofas de los poemas, en el pentagrama

de la música, en el mármol de las estatuas, en los lienzos de los museos, hoy como ayer, y mañana como hoy, actuará el pensamiento de los artistas, en toda la pureza de su libertad. La presencia de la imagen en el espejo tembloroso de las aguas, es la afirmación del astro en las profundidades del espacio: el alma del artista, incorporada en la forma bella, en dominación constante de la rebeldía de la materia, para la realidad de la permanencia, no puede estar ausente.

La doctrina de la inmortalidad es la verdadera doctrina humana. El principio del contacto es el secreto del triunfo en las batallas, y dice de la competencia militar del general, que dispone sus fuerzas haciendo de ese principio la más inespugnable de sus trincheras. El aislamiento destruye la confianza y enjendra en el ánimo la cobardía: aislar es derrotar. Cuando dijo Napoleón a sus ejércitos de Egipto: "Desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan", habló una grande verdad, cuya trascendencia completa el pensamiento de Desaix agonizante: "Decid al primer cónsul que muero con el vivo pesar de no haber hecho lo bastante para la posteridad". Al travez de los tiempos, el hombre está vinculado al hombre. Es deudor al pasado y está obligado al futuro. Camina entre la gratitud y el deber. El pasado le ilumina, pero su apotheosis está en el porvenir.

El olvido de la finalidad de nuestra vida, nos arrastra al desconocimiento de nuestro sitio en la creación, haciéndonos que descendamos a disputarle el suyo a las especies inferiores, con las cuales limitamos por el lado oscuro de nuestro ser. Es de urgencia restituir su pureza al concepto humano. Somos hombres, no por lo que tenemos de tierra, sino por lo que llevamos de acción y de luz, de voluntad y pensamiento. El dinamismo de la vida encarna en la lucha de la materia, que gravita, y la moción del espíritu, que tiende a elevarse. En la escala ascendente de los seres, desde el infusorio al hombre, donde todo está correlacionado en sentido de subordinación, ocupando el hombre el tramo más alto, está en contacto con la divinidad. No se debe sino a sus semejantes, como compañeros de via-

je en el tiempo, y a su creador mas allá. La corteza de polvo que nos cubre, no merece, pues, nuestros desvelos, sino en la proporción necesaria para el cumplimiento de nuestros deberes, en cuanto significan amor y claridad para los demás, en el éxodo de la vida.

La inquietud del momento actual es prueba de extravío. En nada se encuentra seguridad; se avanza y se retrocede, improvisando vías que no se tarda en abandonar. Caminamos a oscuras, tambaleándonos como sonámbulos, desorientados del objetivo de nuestro destino. Dirigimos sin sentido nuestras actividades y gastamos nuestras energías en abastecernos de cosas que acaban por hacer más profundo el hastío que nos devora. Sentimos que el alma se nos muere de inanición, por falta de confortativos adecuados a su naturaleza superior, e intentamos calmar su ansiedad *a fuerza de añadidas que no tienen nada de permanencia*. Estamos circuidos por todos lados de la vida universal, y nos encontramos solos, porque el materialismo nos ha hecho perder el contacto con los demás seres. Nos creemos venidos al mundo por obra de algún poder maléfico y fatal, y entramos por los senderos del egoísmo, concretándonos a sumar y sumar bienes efímeros, que nos vuelven cada vez más indigentes.

Las ciencias, adelante y adelante en el camino de sus conquistas, han abierto los depósitos de la naturaleza al industrialismo, cooperando al acaparamiento de la riqueza por el poder de las máquinas, que reemplaza al trabajo del obrero, condenado a la inacción y el hambre. Este progreso unilateral e inarmónico, puramente cerebral, a expensas del sentimiento, ha secado en el corazón las fuentes de la benevolencia, donde se tejen con hilos sutiles, que escapan a la cuchilla y los laboratorios, los lazos que unen a los hombres entre sí y con los demás seres de la creación, en comunidad de vida. El arte, ese divino rincón de sol de los espíritus, perdida su finalidad, que era el cultivo del corazón por el sentimiento de la belleza, se ha convertido en elaborador de figulinas de porcelana, deleitosas para el cerebro de los *preciosistas*, pero que nada dicen al pueblo, para quien tienen repugnancias de monia. Ha

hecho, como se dice, furor el cine, donde aparece en escena, con exceso de libertad, la materia divorciada de la palabra, que es lo que tiene de espiritual y grande el drama; y el teatro que era cátedra de solaz y de enseñanza con Shakespeare y Calderón de la Barca, se ha trocada en escuela de crimen y de vicio. Han sido catalogadas las celebridades humanas en el capítulo de los degenerados, con el calificativo de superiores, pero, en todo caso, degenerados, para consagrar la aristocracia de los mediocres, y romper los moldes del ejemplo, en previsión de que pudieran tener imitadores.

Asfixiadas las almas en este ambiente de tierra, *de cascajo*, mientras sienten en su interior necesidades de paraíso, se han lanzado por el despeñadero de los placeres, llevados al refinamiento, e intensificados artificialmente por el uso de los alcaloides, que lejos de calmarlas, aumentan el vacío, hasta dar con la juventud en el suicidio o el manicomio, frustrando en flor las mejor cimentadas esperanzas. Todo ésto aumenta el aservo de necesidades, en tanto que disminuyen los medios de satisfacerlas, en razón directa de las energías que se desgastan. Y nos disparamos contra las instituciones, acusándolas de ineficaces, y clamando por la piqueta que las demuela, para organizar el mundo sobre los escombros, de acuerdo con las nuevas teorías.

El mal no está en las instituciones. La experiencia de los siglos las abona, por más que se resientan de las imperfecciones consiguientes a toda obra humana, que tampoco dejarían de afectar a las nuevas, que, por nuevas, estarían además plagadas de desaciertos. El mal viene de la desorientación en el camino de los destinos humanos, originada por el orgullo de las ciencias experimentales, que han hecho del laboratorio el Sinaí de toda revelación: del desequilibrio producido por el excesivo desarrollo cerebral, a expensas del corazón, que exangüe y sin latidos, ya no es la entraña del amor, sino la roca de suplicio del símbolo prometeano: del polvo de hulla acumulado sobre nuestra retina, que ha venido a formar catarata, privándonos de la consoladora visión de la fraternidad de los demás hombres: de la educación industrial y física, declarada preferente,

para deformar el alma del niño, curvándola hacia a la tierra, en mira de hacerla materia apta para servidumbre; a la manera que la vara mágica de Circe convertía en puercos a los viajeros, para acrecentar el rebaño. Es la máxima de Maquiavelo descabezando las espigas que descuellan, como secreto de dominación, llevada a la práctica, con espelusnante maestría, bajo el consolador pretexto de liberación humana.

La doctrina de la inmortalidad es bandera de independencia; escuela donde se aprende la rebeldía del bien obrar, dentro del marco de rosas de la disciplina, que a quien trata romperlo, al mismo tiempo que hiera, colma de perfume y suavidad: fuente sagrada de virtudes, elevadas hasta el heroísmo, por la certeza del contacto espiritual que las sostiene: campo soleado de luz de sol, que alumbra el interior de las almas, y que, en medio mismo de tantos dolores, hace saborear la alegría del vivir, en el blando regazo de la benevolencia, al calor de la fraternidad universal. Fuera de ella, las descollantes figuras, orgullo de la humanidad, no son sino pobres locos, a quienes, si vivieran, sería obra de beneficencia cortarles las alas, en la jaula de un manicomio. Carecen de sentido los deberes, las virtudes de objetivo, y de finalidad la gloria jese divino acercamiento a la grandeza absoluta; esa participación de la eternidad en el tiempo y de la perfección definitiva a la imperfección de la miseria humana!

"Comamos y bebamos que mañana moriremos", es la vieja y desacreditada máxima que se predica abiertamente, como resultado de los avances de la ciencia en el campo del microscopio y los laboratorios. Los que cuentan con la omnipotencia del oro, hieren con el espectáculo de sus desenfrenos el corazón del pueblo, que juzgándose defraudado en sus derechos, ha entrado por el camino de las violentas reivindicaciones, de las desaforadas rebeldías, de la ansiedad de procurarse un puesto, a toda costa, en ese banquete de sibaritas, para darse un hartazgo y morir, dejando el turno a los que vienen atrás, en sucesión interminable, hasta que la humanidad toda se reduzca a un montón de polvo, sobre la costra del planeta, como los gusanos de un

cadáver, que acaban por devorarse.

La socialización de las ciencias, la socialización de las artes, la socialización de la literatura, todas las socializaciones son posibles, en la medida de las facultades de los adeptos menos la socialización económica, porque encarna la idea de exclusión de los unos a los otros. Lo que es espiritual, lo que arranca de la parte superior de nuestra naturaleza, puede participarse a los demás sin menoscabo, como una luz que se enciende en otra luz, multiplicándose hasta el infinito, sin detrimento de ninguna. Pero los bienes materiales, que no aceptan participación sin agotarse, y son fruto del trabajo de cada uno, no son susceptibles de otra socialización que la de la caridad. El materialismo ha levantado los manteles que tendió la doctrina de la inmortalidad para los ágapes, debemos combatirlo para volver a tener puesto en la codiciada mesa.

Reconstruída la sociedad sobre la base económica de las tendencias modernas, nos habríamos condenado al suplicio de Sísifo; al perpetuo comenzar de cada día, sin llegar nunca al fin de la faena. Los capitalistas de hoy, que serían los proletarios de mañana, con mayor derecho que los de hoy, tenderían a reivindicar lo suyo, y la vida social vendría a parar en un constante y descomunal asedio. En esta condición de sitio, la intranquilidad y falta de reposo, acabaría por matar las energías de todos, y sobre el mundo, como en el desierto la estatua colosal de Memrón sus armonías, a la salida del sol, dejaría oír su grito de desesperación el hambre universal.

Parece que estas teorías estuvieran animadas por un sentimiento de humanidad; pero no es cierto: la humanidad no entra en ellas para nada. No es humano segar la alegría en su fuente, atiborrando el horizonte de nubes negras que se estrechan y se estrechan, como las brasas en torno del escorpión, para obligarnos al suicidio: no es humano propinar a la necesidad un tóxico de locura, que le haga concebir su dicha como pendiente de la ruina de los demás hombres, su obligada compañía de viaje por la selva oscura de la vida— y que nunca llegará, o que, de llegar, nos haría más



desgraciado: no es humano catalogarle al hombre en el número de las bestias, aislándole de todo contacto con la vida universal, y quitarle todo sentimiento de grandeza, como al águila las alas, para reducirle a servidumbre, sin esperanza de liberación. El hombre que ha perdido la idea de la inmortalidad. Para las exigencias de la vida en el tiempo, es como un saco vacío: no puede tenerse en pie.

En medio de este estado de pesadilla de las cosas en el mundo, nos ha sorprendido agradablemente la efemérides de nuestros próceres solariegos, que ha sido como el despertar del alma de esta tierra querida, tan noble como postergada; tan llena de la santa rebeldía de las alturas, que no hubo empresa grande o buena, en la que no pusiera su mano. Tierra laboriosa y pensadora, que ha mantenido firme su contacto con los que fueron, y que trabaja sin egoismos por aumentar el acervo de felicidad para los que vendrán—cuyo fallo, como el de los presentes a nuestros héroes, cubrirá de gloria la frente inmortal de quienes sepan consagrarla grande por el mérito de sus obras.

Los que hemos rendido ya más de la media jornada dela existencia.... ¡la sucesión es necesaria! en breve seremos relevados, y le toca a la juventud, y de la juventud, a la universitaria, tomar los puestos avanzados en la lucha, y ser los adalides de la verdad y el bien, que es lo único que tiene seguridades de permanencia.

Para consolación nuestra, en estos países del nuevo mundo, países niños, donde no ha llegado la expansión de la vida a los confines del territorio, y que, más por espíritu de imitación, unen su voz a la de la caduca Europa, no reviste el problema agrario las dificultades que allá; salvo Norte América y la República Argentina, en las que las industrias se han desarrollado con ventaja, en las demás, cuyo adelanto es incipiente, no tiene trascendencia sino por el momento, en virtud de la crisis universal, el problema relativo a los salarios; el de la moralidad, no ha llegado a la agudeza del refinamiento en el placer hasta el punto de borrar en las almas la noción de la inmortalidad, y hacer del epicurismo el fin de la vida humana. Y, por último,.... Per-

mitidme esta especie de expansión de egoísmo patrio— si como parece, y es el común sentir de los más grandes pensadores, la solución del problema social estriba principalmente, en el cultivo del corazón por el sentimiento; Cuenca, la tierra de la poesía, donde hasta el cerebrismo, apenas ha tenido cultivadores, será siempre un rinconcillo de refugio, donde no tendrán repercusión los trastornos sociales, con la intensidad que en el resto del mundo, porque el trabajo honrado y cotidiano, es el que tiende, en todos los hogares, la mesa cada día, sin que falte, casi en ninguna, el puesto que reserva la fraternidad para el hambre de algún desheredado.

Concluyo, señores.

No perdamos el contacto espiritual que nos liga al pasado por la gratitud, juzgándonos los líderes del presente y en capacidad de desafiar en ciencia a los que nos precedieron; porque en su mayor parte nuestro saber está vinculado al de ellos, y aún no se ha leído sino la portada del libro de la creación.

Procuremos el desarrollo paralelo y armónico del cerebro y del corazón. Es a la profundidad de los valles, que fecunda toda simiente, a donde, resuelta en cristalinos arroyos, desciende la nieve de los páramos, para sazonar los frutos que cubren nuestra mesa. Más valen para la vida, las abrigadas honduras, que las circunplejas cumbres, hopadas de hielo, donde escarmanan su vellón las nubes. En la comunión de la vida humana, más hace el corazón que el cerebro. La bondad adivina lo que la ciencia no alcanza, y es hoguera en cuyo torno toda vida halla calor.

Recordemos siempre, que no pertenecemos al presente, sino que somos los obreros del futuro, enviados delante para preparar las vías a los que nos sigan, que serán los que juzguen nuestras obras, según sus condiciones de permanencia, para entregarnos a la muerte del olvido o a la vida de la apoteosis.

Cuenca, Noviembre 15 de 1931.